

A close-up photograph of a person's mouth. The lips are painted with vibrant, multi-colored lipstick in shades of red, orange, yellow, and green. The tongue is visible, resting on a heart-shaped candy that is also multi-colored with shades of green, blue, white, and purple. The overall image has a soft, slightly blurred quality with a warm, pinkish-red color palette.

Enzo Maqueira

ELECTRÓNICA

INTERZONA

Enzo Maqueira

ELECTRÓNICA



INTERZONA

INTERZONA

Maqueira, Enzo
Electrónica. - 1a ed. 1a reimp. - Buenos Aires : Interzona
Editora, 2015.
128 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1920-66-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.
CDD A863

© Enzo Maqueira, 2014

© interZona editora, 2014-2015
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Brenda Wainer y Victoria Villalba

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Hugo Pérez

Composición de tapa: Brenda Wainer

Corrección: Clara Oeyen

ISBN 978-987-1920-66-2

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Warm up

Te encontraste con el examen de Rabec y sentiste las mariposas en la panza. Hacía una hora que estabas con la pila de parciales en la mesa de luz, esperando que Gonzalo se quedara dormido para empezar a corregir. Antes habían mirado el capítulo de *Los Simpson* de la Venus de jalea. Gonzalo anticipaba los chistes, como hacía siempre, y vos te imaginabas que le ponías una mordaza de alambre de púas para callarlo, hasta que por fin se acurrucó en su lado de la cama y se quedó dormido. Recién en ese momento bajaste el volumen del televisor, prendiste el velador y te pusiste los lentes. Te costó concentrarte, pero al tercer examen ya corregías en piloto automático: ponías una tilde con birrome roja en las respuestas correctas, hacías una cruz si había un error, tachabas la hoja cuando alguno había guitarreado. Cómo te molestaba esa palabra, “guitarrear”, ese vocabulario de profesora que se te había pegado sin darte cuenta. Sabías que el examen de Rabec estaba entre los otros, con la letra redondeada y la firma chiquita, de tener la autoestima baja, al final de la última pregunta. Querías creer que el examen tenía algún mensaje escondido, pero no ibas a anticiparte, ibas a esperar que llegara su turno. Que un mensaje escondido en el examen parcial de Rabec apareciera cuando fuera su momento, porque aunque pocas veces te hacías caso, sabías que el tiempo era tu mejor consejero.

Rabec te había gustado desde el primer día: tenía el flequillo sobre la frente, los brazos llenos de venas. Ni bien entró al aula te hizo esa sonrisa con cara de dormido. Siempre te había parecido una frase de boluda, *mariposas en la panza*, pero con él no había otro modo de

explicarlo. Sentías lo mismo ahora, en la cama, el televisor en *mute*, tu novio durmiendo profundo pero demasiado cerca como para que corrigieras tranquila. Rabec había contestado bien casi todas las preguntas. Había escrito *poesía, novela, cuento* y había subrayado cada una de esas palabras, las mismas que habías resaltado en clase para explicar por qué la ficción siempre es mejor que el periodismo —aunque vos enseñabas periodismo—, y por qué, al mismo tiempo (con esto te habías ido por las ramas), la realidad es siempre una ficción. Rabec las había usado igual, como si vinieran de tu boca. No había ningún mensaje escondido, pero que repitiera exactamente tus mismas palabras quería decir mucho más que si te hubiera dibujado un corazón. Te acordaste de cuando Rabec te entregó el parcial, cuando le rozaste los dedos al agarrar la hoja y sentiste el perfume de su desodorante.

—¿De qué te reís? —dijo Gonzalo.

Tu novio te miraba con los ojos entrecerrados y la cabeza hundida en la almohada. No te habías dado cuenta, pero el recuerdo de Rabec te había hecho sonreír.

—Nada —dijiste—. Una estupidez.

A veces Gonzalo te hablaba dormido. Una noche discutieron así: vos estabas mirando televisión, Gonzalo te empezó a insultar en voz baja, con los ojos abiertos, inyectados en sangre, y la mirada como si no pudiera terminar de enfocarte. Tardaste en darte cuenta de que te hablaba entre sueños. Le dijiste de todo. Después entendiste y lo empezaste a boludear. Al principio esas cosas te divertían.

Terminaste de corregir los exámenes que faltaban. Apagaste la luz. Te pasó lo mismo que en las últimas semanas: ni bien acomodabas la cabeza en la almohada te ponías a pensar. ¿Las demás profesoras habían probado el ácido? Vos sí: varias veces, pero la que más te acordabas era cuando Tiësto tocó en la catedral. Te habías metido una pastilla de éxtasis, ketamina y medio ácido. A las tres de la mañana estabas sentada contra la pared, con la cabeza entre las piernas viendo túneles de colores. ¿Cuánto tiempo había pasado? Recién te recibías, eras licenciada y ya dabas clases en una universidad. Habías estudiado

en una privada, igual que tus alumnos, por eso habías terminado la carrera demasiado joven y te había quedado tiempo para seguir haciendo cualquiera. No eras la única. Había una generación de profesionales como vos y encima te pagaban para formar a la generación siguiente. Seguías sintiéndote una pendeja. Dar clases era un trabajo de una vez por semana que te permitía salir, tomar pastillas, mirar todas las películas de cine francés y leer todos los libros que quisieras sin que tu papá o tu mamá te presionaran. La hija típica de la clase media de los noventa. Ese subtipo snob que vivía su pasado mementista con culpa.

Ahora escondías el examen de un alumno y tratabas de dormir acercándole el pie a la pierna de tu novio. De sentirte una liebre saltando en la pista de un boliche donde por momentos flasheabas que tenías las manos hechas de plumas, hasta pararte frente a un curso de veinticinco adolescentes que también –como todos– querían ser licenciados en algo. Vos repitiendo lo mismo de cada año: pirámide invertida, las cinco W, la importancia de aprender a escribir el encabezado o *lead* de la noticia. Todos esos datos con los que te ganabas la vida y a los que habían quedado reducidos tus proyectos de ser escritora. Pero esta vez fue distinto porque entre los alumnos estaba Rabec. Te miraba con los brazos cruzados, directo a los ojos, tomando nota si decías algo importante, pasando por alto a la rubia con voz de pito que se sentaba en el banco de al lado y le histériquaba. ¿Cuántas profesoras tenían plantas de marihuana en su casa? ¿Cuántas se fumaban un porrito cada tanto? La próxima clase, ni bien entraras al curso, ibas a pedirles a los alumnos que fueran a buscar los exámenes a tu escritorio, por apellido, y cuando le tocara a Rabec le ibas a preguntar, en voz baja, si se volvían a ver. También podías mandar un mensaje, pero te parecía exponerte demasiado. Tenías que evaluar qué era más peligroso: si hablarle en voz baja delante de todo el curso o mandar un mensaje y que quedara tu número guardado, tu ¿cuándo nos vemos?, algo que pudiera traerles problemas a los dos. Lo mejor era hacerle una llamada perdida después de la clase, cuando estuvieran mezclados

con los demás alumnos que salían de las otras aulas, y que entonces Rabec te llamara y decirle que lo esperabas en la estación Ángel Gallardo. Ibas a ponerte la campera de cuero. Una campera de cuero te devolvía algo, un aire, de lo que habías sido. Gonzalo se dio vuelta en la cama. Te apoyó una mano sobre la pierna. Ya sé que estamos solos en una calesita, dijo Gonzalo, pero hacía tiempo que ni siquiera te daban ganas de boludearlo cuando te hablaba dormido.

* * *

Aunque la profesora había pensado que nunca iba a dejar de sentirse joven, se dio cuenta de que estaba equivocada. Quizás por eso, al otro día, ni bien saliste de la UNI, después de esperar a Rabec y que Rabec no apareciera, te fuiste desesperada a la casa del ninja. Tu amigo estaba de mal humor: se quejaba de un trabajo que tenía que entregar al otro día, el tipo de la agencia que pensaba que diseñar era una boludez y le mandaba las cosas a último momento. El ninja estaba desparramado sobre el sofá, con el porro en la mano, y todo lo que decía te resultaba gracioso. Salvo porque antes era un pendejo de musculosa y zapatillas Nike que bailaba toda la noche moviendo el cuerpo como un granadero con epilepsia, arengando con el “dale, dale”, ocupando media pista con sus pasos de caminante lunar, y ahora era un treintañero que empezaba a quedarse pelado tirado en el sillón, salvo por eso, vos y él juntos formaban parte de una realidad paralela en la que vivían fumando en *pause* mientras escuchaban Air. Esta vez habían puesto *Talkie Walkie* y sonaba “Run”, la parte en que la voz andrógina de Jean-Benoit o de Nicolas Godin (nunca supieron cuál de los dos franceses) repetía esa palabra en *loop* y un coro que parecía cantado por los ángeles de todos tus sueños te hacía ver colores y llorar. Con ese disco habían terminado sus noches más locas. Volvían a la casa del ninja para bajar la pasti, a veces con alguien más porque en esa época iban a bailar en grupos y venían la Turca, los chicos, la genia de Natasha que era la primera que había

fumado porro. La profesora, en cambio, había sido la última en fumar porque tenía miedo de perder el control. Una auténtica leonina. Todos te tenían respeto: los que eran amigos, los que habían vivido esas noches y se habían casado o ya no aparecían. Todos menos Natasha, la única que había logrado atravesar tu coraza. Quizás por eso había desaparecido de tu vida. A veces la profesora veía conectada a Natasha pero no se animaba a saludarla, ni siquiera cuando miraba *Los Simpson* y se acordaba de las veces que lo habían visto juntas, cada una en su casa, cuando todavía se hablaba por teléfono y se pasaban horas comentando los capítulos y contándose los nuevos amores, antes de que el mundo, el mundo de la profesora pero también el de Buenos Aires, se llenara de fiestas, se transformara en media vida conectada a Internet y la presencia de Natasha se hubiera reducido a una foto de perfil. De todo eso te había quedado el ninja, fumarse un porrito con él a la salida de la UNI mientras hablaban pavadas que en ese momento les parecían genialidades y que al otro día, sin porro, ni siquiera se acordaban. Esa tarde el ninja decía que en nuestros tiempos ser de derecha es comprar gustoso el último modelo de celular, “gustoso”, dijo. Y “vacacionar” en Cariló y putear a los cartoneros porque dejan las bolsas de basura abiertas y ensucian la calle. En cambio ser de izquierda era ser gay friendly, *simpatizante*, como dicen los brasileros. Un puto no puede ser facho, dijo el ninja, y vos le pasaste el porro. El ninja le dio una seca.

—¿Tu nene? —preguntó—. ¿Hubo novedades?

Largaste el humo, una nube gris a lo Hiroshima contra la luz del techo. ¿Qué podías decirle de “tu nene”? A la salida de la UNI habías cruzado la calle siguiendo a Rabec con la mirada. Le habías hecho una llamada perdida. ¿Te había visto? Cruzaste con todos los alumnos, tenías puesta tu campera de cuero, pensabas que lo que hacías era demasiado obvio.

—Hoy lo vi.

—¿Y? ¿Hay novedades?

—No.

El ninja se rascó la panza. El rasgueo de los pelos de la panza del ninja en el paisaje de la música de Air.

—¿Le preguntaste?

—Sí.

—¿Y? —el ninja te dio el porro—. ¿Qué le pasa al pendejo? ¿No te lo cogiste bien?

La profesora puso otro tema en la computadora. Se recordó a sí misma caminando rápido para dejar atrás a Rabec, para pasar el molinete y meterse en el subte. Esperar que Rabec te devolviera la llamada.

—¿Por qué no se pueden encontrar, boluda?

“Biological”. Escuchabas esa canción y todavía, tantos años después (¿seis? ¿ocho? ¿cuándo había sido?), un escalofrío te corría por la espalda. Te acordaste del recital de Tiësto, cuando por fin pudiste levantarte del rincón en donde habías estado volando entre túneles de luz, y el ninja te subió a un taxi y en lugar de internarte en un hospital te llevó a su departamento y te dio de tomar agua y empezaron los círculos de colores en el techo. Esa mañana —estaba por amanecer, porque las palomas de la ventana habían empezado a hacer ruido— habías llorado alucinando una esfera fucsia, hecha de gotas de vidrio, que giraba alrededor de la canción y desprendía lágrimas que podías tocar. ¿Era un ukelele lo que sonaba cuando las voces decían *biological* y en primer plano las notas de algo que parecía una escalera en el medio del mar?

—¡Che! ¿No te lo cogiste bien? ¡Decime!

—...

—¡Contá, boluda! ¿Coge bien?

—...

—¿Te la chupa?

La profesora dijo que se la chupaba como los dioses. Le dio asco su respuesta, pero en el momento le salió así. ¿Cómo la chuparían los dioses? ¿A quién se la chuparían y con qué trucos que no sabemos en la Tierra?, dijiste y fumaste una seca. El ninja se frotó las manos y

movi6 el culo para acomodarse en el sill6n. Era su manera de prepararse para escuchar, aunque tenia trabajo pendiente y por eso te dijo apurate, boluda, contame y te vas.

Te acordaste de Rabec en la cama. Las pocas veces que habia estado en la cama que compartias con Gonzalo. Vos acostada mirandole la boca, 6l acercandose para besarte mientras te acariciaba la panza por abajo de la musculosa y metia la mano un poco m6s arriba, y vos levantabas la espalda as6 Rabec encontraba el broche del corpi6n. Esperabas que lo sacara solo, pero casi nunca pod6a y eso te daba ternura. Te sacabas vos misma la musculosa, te desabrochabas el corpi6n. La cara de Rabec cuando te miraba las lolas. Te soltabas el bot6n del jean, le acariciabas la cabeza. No hac6a falta que explicaras nada: Rabec solito te sacaba el pantal6n.

—¡Cont6! —dijo el ninja.

—Nada del otro mundo —dijiste.

¿Hab6a visto Rabec la llamada perdida? Salieron con los dem6s alumnos y con el grupo que iba para el lado del subte. La profesora baj6 las escaleras. Estaba segura de que 6l venia detr6s. El subte lleg6 justo cuando entraste al and6n, as6 que no pudiste ver si Rabec hab6a subido. Pensaste en caminar por los vagones hasta encontrarlo. Sab6as que era peligroso, porque ese subte estaba lleno de alumnos. Los dos eran mayores de edad, pero la historia te pod6a costar el trabajo. Ten6as miedo. Lo que m6s te asustaba era perder a Rabec y cuando te dabas cuenta dudabas sobre lo que de verdad sent6as por 6l. ¿Por qu6 pensabas en que los dos iban en el mismo subte, y que si el subte chocaba los dos iban a morir y esa muerte era rom6ntica? Al mismo tiempo te lo acordabas desnudo, el olor a hombre de la piel de Rabec, la cola de Rabec que empujabas para adentro con las manos, la pija de Rabec que hab6a nacido para obedecerte y Rabec tan fr6gil gimi6ndote al o6do.

Hab6as bajado en 6ngel Gallardo. Caminabas despacio para darle tiempo a que te alcanzara, pero no apareci6. Esperaste al pr6ximo subte y tampoco. Estuviste cincuenta y cinco minutos en el and6n buscando

a Rabec entre los pasajeros que fueron bajando de no sabías cuántos subtes. A la profesora se le cayó el mundo encima. No quería irse de la estación, y cuando por fin se decidió a subir las escaleras, miraba para atrás todo el tiempo. Después habías almorzado en el peruano, te habías pedido una cerveza y un ceviche mixto para convencerte de que eras una adulta próspera y no tenías que hacerte la cabeza por un pendejo de 18 años. Querías hacerte un mimo, pero no dio resultado. Cuando terminaste de comer fuiste a la casa del ninja.

—Los pendejos no cogen bien —dijo el ninja—. Eso es lo primero que aprende un puto.

El ninja fumaba y explicaba su teoría: los pendejos no saben coger por falta de experiencia, obvio, pero también porque en la naturaleza ningún animal “coge bien”. Los animales se reproducen y nada más. Y si no fuera porque el ser humano aprendió a sobrevivir a las enfermedades y aumentó su expectativa de vida, nosotros cogeríamos igual de mal que los animales. Haber aprendido a coger es una consecuencia de vivir más tiempo, dijo el ninja, el entretenimiento que inventó el ser humano para no aburrirse. Eso no es cierto, dijo la profesora, hace cincuenta años la gente también vivía mucho y no sé si mi mamá cogía tan bien con mi papá. Para mí es otra cosa. Puede ser, dijo el ninja. La profesora iba a agregar algo, pero el ninja se levantó de golpe, sosteniéndose la panza con las manos, y se metió en el baño y la profesora escuchó que tiraba la cadena. Volvió pálido.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo el ninja—. Tengo que dejar de comer porquerías.

—Te tenés que cuidar —dijiste.

Yo a veces cojo como una máquina, dijo el ninja, me siento una máquina que aprendió a coger. Eso es coger sin amor, dijiste, y te diste cuenta de que hacía meses que no pasaba nada con Gonzalo. El sexo es mejor cuando no tenés que preocuparte por estar enamorado, dijo el ninja. Fumaron hasta que se quedó dormido y lo despertaste para que bajara a abrirte. El ninja puteaba porque se había terminado la tarde y no había hecho el trabajo que tenía pendiente. Vos puteaste

porque ya era la hora de la cena. Trabajar, fumar porro y ocuparse de la casa. Nada más. Eso explicaba que tus amigas hubieran decidido tener hijos, incluso las más zarpadas, las que jamás pensaste que iban a sentir el famoso instinto maternal. Las habías visto tomar cocaína en el baño de un boliche lleno de drogadictos y ahora subían fotos con un bebé y veinte kilos de sobrepeso. De Janis Joplin a Maru Botana. Tus amigas habían experimentado la más cruel de las metamorfosis. Por lo menos tenían la excusa de educar a un nuevo ser humano, una manera de limpiarse la conciencia creyendo que hacían algo por el bien de la especie. La profesora también había tomado cocaína. Fue la última etapa, hasta que llegó Gonzalo para rescatarla.

Cuando volvías de la casa del ninja compraste dos supremas de pollo y le pediste al carnicero que las cortara al medio. Pasaste por el supermercado: llevaste queso cremoso bajas calorías y salsa de tomate. Dudaste con la salsa. Preferías que fuera casera, pero no tenías ganas de hacer tanto lío en la cocina. Al final compraste una salsa portuguesa que ya venía preparada. La elegiste porque tenía aceitunas y Gonzalo siempre decía que las aceitunas son buenas para la salud. La costumbre de comer sano te había empezado en tu época más drogona, pero por el otro lado te la dabas con todo: té verde para el desayuno y un clonazepam antes de irte a dormir, budines de algarroba de lunes a viernes y el fin de semana tomando ácido, sentir que el sábado ganas-te todos los niveles y pasarte el domingo pidiendo *reset*. El equilibrio de un cuerpo al que creías controlar como al resto de las cosas.

Mientras hacías la fila en la caja del supermercado viste un chocolate. Pensaste en guardártelo en la cartera. En otra época lo hubieras hecho, pero ya no era divertido. Desde hacía tiempo te aburrías y por eso, quizás, te habías enamorado de Rabec. Compraste el chocolate y también un Cachafaz que comiste en el camino de vuelta a tu casa, desesperada, para pasar el bajón de hambre. Te hubieras comido otro, pero querías cuidarte. Necesitabas cuidarte.

A Gonzalo no le gustaba que fumaras. Apenas entraste al departamento, dejaste las bolsas en la cocina y te cambiaste la ropa porque

la que llevabas puesta tenía olor a porro. Te dio bronca no haberle pedido colirio al ninja. Regaste tus plantas, las acariciaste y les dijiste que estaban hermosas. Te dio miedo el cinismo de sentir amor por unas plantas que ibas a fumarte. Faltaba una hora para que llegara Gonzalo, así que pusiste *In rainbows* y lo escuchaste completo, disfrutando de cada tema como habías aprendido a disfrutar de Radiohead: siempre una oportunidad para trasladarte a otro plano, para recuperar algo de la esperanza que tenías cuando eras chica y te imaginabas viajando por las estrellas, y sin embargo de grande volabas con “Reckoner”, *because we separate like ripples on a blank shore*, y te fuiste cantando a la cocina a rebozar las supremas. Tenías que pasar las supremas por la mezcla, escurrirlas, agregarles el pan rallado en una bandeja, ponerlas en el horno, esperar veinte minutos, pintarlas con la salsa y ponerles el queso arriba, cinco minutos de horno al máximo. Cocinar fumada. Eso que la profesora hacía en el departamento de Gonzalo.

—Se está quemando algo —dijo Gonzalo, apenas entró—. Lo vengo sintiendo desde el ascensor.

Le diste un beso en la mejilla. Mientras Gonzalo se cambiaba en la habitación sacaste las supremas del horno, las acomodaste en dos platos, llevaste el mantel, los cubiertos, los vasos y la botella de vino a la mesa.

—No quiero vino —gritó Gonzalo desde la habitación.

Comieron mirando el noticiero. Cada tanto hacías algún comentario en contra de los periodistas, el noticiero y toda la programación: mirá la cara de circunstancia que tiene el tipo, te ponen música de terror para que te dé miedo. A Gonzalo eso le molestaba. Hizo *zapping* pero volvió al noticiero. Habías terminado de comer. Gonzalo había dejado la mitad porque dijo que la suprema estaba cruda. Te hizo enojar. Le recordaste que antes había sentido olor a quemado. Eso no tenía nada que ver, la comida puede estar quemada por fuera y cruda por dentro, dijo Gonzalo. Sos un caprichoso, parecés una mina, le gritaste y te pusiste a lavar los platos porque era jueves y los jueves te

tocaba a vos. Cuando terminaste Gonzalo seguía mirando televisión. Se estaba comiendo el chocolate que habías comprado.

—Lo encontré en tu cartera —dijo Gonzalo.

—Ese chocolate era para Lorena.

—¿Cuándo la ves?

—Mañana a la noche. Vamos a ir a cenar.

—Pero mañana a la noche me dijiste que me acompañabas al cumpleaños —Gonzalo agitó los brazos, como hacía siempre que pretendía obligarte a hacer algo.

Te habías olvidado de que tenían planes. Una vez por año había que pasar por ese suplicio: rodearse de periodistas de una revista de salud, gente que se pasaba el día copiando y pegando notas de Internet. Le mandaste un mensaje a Lorena. La única amiga que tenías era la hija de un ex y tenía 16 años. Habías salido unos meses con tu terapeuta. Era divorciado y los fines de semana le tocaba cuidar a su hija, así que tu terapeuta, Lorena y vos pasaban el fin de semana juntos. Con el tiempo se hicieron amigas y algún que otro domingo la invitabas a almorzar a la casa de tu mamá. En esos domingos Gonzalo, mamá, Lorena y vos funcionaban como una familia hecha de retazos de familias que estaban rotas. Era un conjunto ensamblado pero también pasajero, como las casas de *rastris* que a la profesora le gustaba construir cuando era chica y que desarmaba antes de irse a dormir.

—Ya está —dijiste cuando Lorena te contestó el mensaje—. Vamos al cumpleaños.

—No te preocupes —empezó a decir tu novio—. Puedo ir solo.

—Ya le cancelé a Lorena.

Gonzalo seguía haciendo *zapping*: aparecían viejas de rulos, conductores, caballos, autos, parejas, bailarinas, Ashton Kutcher en calzoncillos. Entre un cambio y otro las sílabas entrecortada: “plo”, “ju”, “fren”, “vir”, y también un acorde, una pantalla negra, la música de un canal que pasaba veinticuatro horas de *jazz*. Gonzalo no hacía nada que no hubiera hecho antes, pero te irritaba. La profesora se dio cuenta de que ya no lo quería. No se animó a decírselo. En cambio le preguntaste

por qué te revisaba la cartera. Gonzalo te miró sin entender y con esa cara tan suya de “hacerse el boludo”, entonces te dio tanta bronca que te encerraste en el baño.

La primera arruga te había salido entre la nariz y la boca. Tu dermatóloga te había dicho que no era exactamente una arruga: era una línea de expresión, sí, pero a los 20 años no la tenías. Te había salido en algún momento mientras caías por el trampolín que terminó cuando cumpliste los 30. En esa época, apenas te levantabas te mirabas la piel. Te habías empezado a poner cremas pero no servía de nada. Pensabas que te había pasado por sonreír demasiado. Era mejor cultivar la expresión indiferente que tenían tus alumnos, puros zombis, como la rubia con voz de pito que jamás sonreía, que cuando hablaba te daban ganas de pegarle una patada en medio de la cara. Esa no iba tener ninguna línea de expresión. Además había otras líneas: al lado de los ojos, en la frente, abajo de las ojeras. Apenas se veían, pero ya estaban ahí. La cara de señora que ibas a tener hasta que te murieras empezaba a formarse con esas arrugas. La profesora se bajó la bombacha. Se sentó en el inodoro. Hiciste pis. Tenías que salir del baño y decir lo que te estaba pasando con la relación. Gonzalo iba a empezar a los gritos, lo conocías bien. Hasta podía largarse a llorar. No era raro. Cuando miraban alguna película sabías exactamente en qué momento Gonzalo iba a llorar. Una despedida, alguien que estaba diciendo sus últimas palabras... hasta en esa película ridícula que vieron un sábado a la tarde, donde un elfo que trabajaba para Papá Noel había llegado a Nueva York para conocer a su padre humano y en un momento la gente cantaba villancicos, se recuperaba el espíritu navideño y el trineo de Papá Noel salía volando. Cómo vas a llorar por eso, le decías siempre. Eran una pareja al revés: la profesora parecía el hombre y Gonzalo la mujer. Hasta físicamente era poco hombre: flaco, con los bracitos de escarbadientes, la espalda sin músculos. Nunca supiste por qué te había atraído tanto.

Tiraste la cadena. Eran casi las doce y te esperaba una noche larga. Ibas a tener que sentarte, decir las cosas con sinceridad, esperar la

reacción de Gonzalo, armar un bolso y salir. Podías quedarte en la casa del ninja. Al otro día era sábado y ni el ninja ni la profesora tenían que trabajar. Era un día perfecto para separarse. Te acordaste de una pelea con tu primer novio: habían llorado los dos y se miraban en el espejo. Se te había corrido el delineador. Tuvimos épocas mejores, habías dicho en ese momento, a los 18 años. Con Diego tenían un arreglo: si cortaban la relación y ninguno de los dos se había casado a tus 40, iban a reencontrarse en el Obelisco. Durante todo este tiempo no habías vuelto a acordarte del trato. Faltaban unos años, pero esa escena que en aquel momento te había parecido un delirio (vos a los 40, sola, esperando en el Obelisco que tu primer novio te viniera a rescatar), aparecía como una posibilidad concreta. Te ibas a quedar sin Gonzalo, sin el hombre que habías elegido para convertirte en otra persona. Decías “convertirte en otra persona”, pero era que habías madurado. Nada que los psicólogos no anticiparan. Siempre habías creído que eras distinta, pero habías resultado ser de manual. Un capítulo en un libro de psicología. O peor: una nota en una revista femenina. Saliste del baño. Gonzalo tenía los ojos cerrados. Era obvio que se hacía el dormido.

—Me tenés harta —dijiste.

* * *

La profesora tenía que ponerle onda para seguir el hilo de lo que decían los compañeros de Gonzalo. Ahora criticaban a la cumpleañera, que había pasado de ser secretaria de redacción a directora y seguía haciendo los cumpleaños aunque ya no eran lo mismo, decían todos, y enseguida cambiaban de tema porque tenían miedo de estar armando puterío. Antes habían hablado de un redactor cordobés que en el almuerzo comía atún y le pasaba la lengua al fondo de la lata. Te aburrías escuchándolos, pero también te aburrías con la insistencia de Gonzalo para hacerte participar de la conversación. “Eusebio es el director de arte”, te explicaba Gonzalo y vos decías que sí y sonreías,

todo al mismo tiempo, aunque no te importaba quién era, ni por qué Eusebio, el director de arte, había sentido la obligación de avisarle al cordobés que tenía sangre en la boca porque se había cortado la lengua con la lata de atún. El resto del cumpleaños era igual de aburrido: en un sillón había una pareja discutiendo en voz baja, otro grupo conversaba en el balcón, dos mujeres bailaban la música que ellas mismas habían puesto en la computadora. Era un pop de los ochenta, lavado, sin alma, de gente que se sentía cool pero no había llegado tan lejos como vos..

—¿Y el petiso orejudo? —dijo uno de los diseñadores—, ¿quién se acuerda del petiso orejudo?

—No puedo creer que te acuerdes —Gonzalo se agarró la cabeza con las manos, el mismo gesto de siempre cuando algo lo hacía flashear.

Dijiste que ibas al baño y paseaste por el cumpleaños. En el centro del living había una mesa con comida. Bastoncitos de pollo, unas cazuelas con algo oscuro nadando en salsa y una botella de champagne por la mitad. Te serviste champagne en una copa. En algún momento de tu vida una copa te abrió las puertas de una noche que nunca sabías cuándo ni cómo terminaba. De repente había dejado de funcionar: tomar alcohol te daba sueño.

—Está rico el champagne —escuchó que alguien le hablaba.

No lo había visto antes: un viejo de traje, uno de esos setentones chetos que tienen la piel bronceada todo el año.

—¿Vos también sos periodista? —preguntó el viejo.

—Docente.

—Me gusta —dijo el viejo—. Yo soy meditante.

—¿Militante?

—Pero de la conciencia. Soy “meditante”. También soy profesor de yoga. ¿Hiciste yoga?

La profesora negó con la cabeza.

—Yo no. Mi mamá hace.

—Tendrías que probar. Te rejuvenece —dijo el viejo.

Miraba por encima del mentón, igual que el señor Miyagi de *Karate Kid*.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA